

Los Horrores de la Tortura

Sigue de la página tres

es duro, es el mundo de lo complicado, de lo utilitario, la gente se asfixia y no halla modo de cambiar las cosas.

—Quise entonces abordar el problema, tomar al toro por las astas y propuse al vecino trabajar conmigo en un proyecto que no se sabía bien qué era.

—¿Cómo fue?

—Empecé por hacerle una larga entrevista. De semanas. En un diván, como un psicólogo. Después fui colocándolo en situaciones imaginarias para estudiar sus reacciones.

—En principio lo pensé como un libro enteramente destinado a los no norteamericanos. Supuse que el personaje no podía interesar a sus compatriotas porque temí que lo que yo estaba sacando a la luz era, para ellos, una sarta de lugares comunes. Ahora al presentar a mi editor la versión ya traducida al inglés, tuve una sorpresa. La novela irritó, molestó, desagradó, y el personaje norteamericano fue considerado falso. De cualquier cosa se lo podría acusar menos de eso, porque todo lo que él dice, en la novela, ha salido de los labios de un ser real.

—Este percance me hace sospechar que la novela va más allá de un simple lugar común. Y el rechazo, ya de dos editores, me ha llenado de esperanzas. Yo sé, por experiencia propia, que muchas veces algo nuevo o fuera de lo ordinario produce una rebelión casi histórica y ha tratado de interpretar a favor este episodio.

—¿Cómo juzga, usted mismo, su novela?

—Creo que es una larga reflexión sobre la afectividad. Me interesaba una relación puramente de este tipo, en la que no intervinieran factores sexuales, económicos o familiares entre estas dos personas completamente desamparadas, muy heridas y con verdadero terror a involucrarse emocionalmente. Personas que han estado viviendo sólo biológicamente con reflejos condicionados que los hacen huir de cualquier posibilidad de afecto y que, de algún modo, quieren vivir también emocionalmente pese al miedo, al verdadero terror que les da involucrarse en esa clase de sentimientos.

—Yo no los inmiscuí en nada, pero el propio instinto de supervivencia les va dictando el modo de apoyarse uno en el otro. La novela es la historia de cómo este instinto se impone a todo condicionamiento social y al final de cuentas, la vida logra continuar.

Manuel Puig nos dice que hay otra novela en ciernes. En ella vuelve a un filón más romántico "para resarcirme de la severidad de la actual. Algo de pueblo chico que pueda recordar mis dos primeras novelas".

Esto, desde luego, no es una lástima, porque de seguro, la nueva obra tendrá el sello de un autor va consagrado, pero si representará la pérdida de un camino prometedor y muy actual en la narrativa latinoamericana, hallado en la sexta novela de Manuel Puig. Algo que nos habla, nos estremece y nos advierte contra la creciente incomunicación, contra la dramática soledad en compañía, contra el horror y el terror a la tortura. Es una denuncia.

LA LETRA Y
LA IMAGEN

14 Librario

Bruce Swansey

La Última Novela de Puig

● **Maldición eterna a quien lea estas páginas** es la última novela de Manuel Puig. El escritor argentino tiene detrás una producción regular entre cuyos títulos podemos recordar **La traición de Rita Hayworth**, **Boquitas pintadas** —novela que se llevó al cine con guión del autor—, **El beso de la mujer araña** y **Pubis angelical** (que, junto con **La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria**, de Donoso, conforman un par de novelitas más que burguesas y cuyo encanto reside en su frivolidad). En todas ellas Puig ha demostrado un especial interés por el cine como parte fundamental de la educación ideológica del espectador. El cine, diría casi, es una especie de nueva educación sentimental, o lo fue. Los personajes de Puig han oscilado desde la provinciana pequeño burguesa sumida en una intoxicante chusquez hasta los presos políticos. **El beso de la mujer araña**, por ejemplo, explora la relación entre un preso político y un homosexual en el contexto de la cárcel, la delación y la tortura. Quizá uno de los objetivos de esta novela sea el de efectuar un análisis acerca de dos tipos de disidencia que, aparentemente, nada tienen en común. La alternación de narraciones cortas, que podrían ser cuentos, se dan justamente a través de la evocación de películas cuyo andamiaje es desmontado y expuesto en su delirio ideológico, característica que se repetirá en **Maldición eterna a quien lea estas páginas**.

La última novela de Puig permanece fiel a la estructura de su antepenúltimo texto en lo que se refiere a la proposición de los diálogos como forma narrativa, así como en cuanto a la utilización de narraciones cortas, que oscilan desde circunstancias biográficas hasta opiniones acerca de diversos temas que

reaparecen intermitentemente a lo largo del texto. La recuperación de experiencias pretéritas por parte de los personajes continúa girando alrededor de temas que manifiestan una importancia estable en la narrativa de Puig, como es la relación con los padres —y especialmente con la madre— o la infancia.

La utilización de diálogos descarta al narrador, el cual en trabajos más ortodoxos cumple con diversas funciones tales como generar una economía del texto a través de las descripciones (de personajes o de objetos externos), así como la organización de los discursos de cada personaje. Los diálogos asumen todos estos elementos e intentan, con ello, una mayor agilidad. La estructura de la novela supone un plan de trabajo y una organización sencilla del material, cuya dificultad reside en perfilar a cada personaje no sólo a través de los temas que aborda, o de sus circunstancias biográficas, sino también a través del lenguaje.

Este último aspecto es quizá un elemento que se homogeneiza más de lo que sería aconsejable, ya que no llega a conseguir la redondez de dos lenguajes, independiente uno del otro, a pesar de la lógica de su transcurso. El lenguaje, de hecho, constituye un punto de reflexión ya que el señor Ramírez llegará a la ciudad de Nueva York abriendo una pregunta permanente que es: ¿qué significa esto? A veces, dice el personaje, los gestos se encuentran a menor distancia de las sensaciones que los han motivado que las palabras, susceptibles de más de un significado. Así pues, ¿dónde se localiza la sensación que tal o cual palabra pretende significar? ¿Existe tal lugar físico, en el cual se aloja una sensación que, en rigor, es indescriptible? El lenguaje, pues, supone una existencia que antecede al individuo parlante y que se le impone con la densidad de un lenguaje que le opone resistencia; y, sin embargo, este lenguaje petrificado es el único que conocemos, el único medio para expresarnos. Quizá éste sea un problema, también, de competencia literaria.

Maldición eterna a quien lea estas páginas alterna a los narradores.

A veces, los personajes se envuelven en una anécdota cuya dirección depende de lo que ambos tienen que recordar, de lo que ambos opinan. El diálogo llega a su fin, no obstante, antes de que el texto finalice. La última parte introduce la existencia de cartas (lo cual hace sospechar que esa sea la próxima forma expresiva a la que se dirige Puig), y que suponen el hecho de que, quizá, los diálogos, por sí mismos, no cumplen con toda la capacidad de información y la flexibilidad con la que contara, en un momento dado, el narrador. De cualquier forma, el último trabajo de Puig merece ser leído, si bien no añade mucho a otros textos suyos.

Maldición eterna a quien lea estas páginas, de Manuel Puig. Editorial Seix Barral. 278 páginas.